

correcciones introducidas en las *Poesías Completas* de 1936), pero indicativo y revelador de una elogiada voluntad de escrupuloso respeto. En consecuencia, ésta fue la primera edición de las *Obras Completas* de Antonio Machado, fundamental punto de partida en el asiento de su consideración como *clásico contemporáneo*.

Eso, por supuesto, no implica que careciese de puntos débiles: imputable la mayor parte de sus imperfecciones a las circunstancias y el medio, hay aspectos, sin embargo, de muy difícil justificación.

El de mayor nota, a mi juicio, consiste en la disolución, incomprensiblemente mantenida por sucesivos editores, de *La Guerra*, con propiedad el último libro de Antonio Machado, impreso en los talleres colectivizados de Espasa-Calpe, en 1937, e ilustrado con dibujos de su hermano José, su inseparable compañero de sufrimientos en el infernal acabose de la huida hacia la muerte a través de los Pirineos helados y la tremenda agonía del brevísimo exilio.

Disuelto su contenido bajo el epígrafe de «Obras sueltas», que en realidad sólo añaden un poema, la carta a María L. Carnelli y unas hojas descarriadas —refugiadas en *Madrid*— de Juan de Mairena, *La Guerra* salió en vida del autor, es de suponer que cuando menos con su consentimiento (cómo se explicaría de lo contrario la participación de su propio hermano, que vivía con él) y, con independencia de cuantas consideraciones quieran, puedan o pretendan esgrimirse (cualquier problema, y más si es filológico, admite infinitos retorcimientos), ésta circunstancia le otorga entidad, a mi entender, suficiente. ¿O es que un autor no goza del indiscutido derecho a decidir cuáles son sus libros y de qué modo se agrupan los textos sueltos?

El caso de Unamuno, donde ahora mismo recalaremos, ofrece el paradójico contraste de lo contrario: si a Antonio Machado le deshacían los libros —el libro, seamos exactos—, a él se los componían, más o menos arbitrariamente, y por aleatorias sinrazones, ora la mansa rutina, ora el hábito de la comodidad o el peso de la costumbre, mientras algunos permanecen, y se insiste en publicar como si fuesen suyos —compuestos y admitidos por él—, otros —al menos arropados por idéntica legitimidad— han sido borrados sin paliativos.

Por ejemplo, los de *Séneca*, barridos por ese implacable vendaval del olvido que, al margen de aisladas efemérides, ensordecidas en su ruido, ha arreciado con acomodada intensidad contra la labor del exilio, tal vez porque esta España de triunfadores se sustente sobre valores incompatibles con los de la España transterrada y, antes que de la derrota, *de las derrotas*.

Tres Paisajes (Salamanca, 1902), *De mi país* (Madrid, 1903), *Por tierras de Portugal y España* (Madrid, 1911), y *Andanzas y visiones españolas* (Madrid, 1922), a las póstumas alturas del otoño de 1944, la bibliografía de Unamuno registró el incremento de un nuevo libro, el quinto de la serie de paisajes, preparado por su fiel discípulo Manuel García Blanco y editado por la penosamente resucitada *Revista de Occidente: Paisajes del alma*, discutible y sobre todo *circunstancial* recopilación de artículos periodísticos de 1918-1934, con la excepción de las *notas* mucho más primitivas de un viaje por Italia, «Pompeya», de 1892.

Como de sobra se sabe, Unamuno consideraba que los *paisajes* constituían un género literario específico y, tanto por esto como por (sólidas) razones de intensidad narrativa, rehuía intercalarlos en sus novelas, salvo en *Paz en la guerra*, formando con ellos libros independientes. Claro está que no se trataba de *estampas* al uso, más o menos fotográficas, pues él mismo se reconocía incapaz de captar la Naturaleza de un modo objetivo o, simplemente, desde fuera: «no sé apreciar la Naturaleza», escribió, sino «por la impresión que en mi produce». Según la atinada observación de Julián Marías, Unamuno, en realidad, habla sobre todo *de él en ellos* y esa cualidad les hace imprescindibles a la hora de reconstruir su verdadero retrato espiritual. En consecuencia, y aunque sólo fuera por ésto, el trabajo de García Blanco revestía suficiente interés y estaba plenamente justificado.

Ahora mal, mediaba el problema de las *circunstancias*, nada propicias a ese Unamuno de intransferibles reflexiones, con frecuencia contradictorias, pero siempre apasionadas y siempre libres, características inadecuadas en un medio que en mala medida se reconocía en las catequesis, las adhesiones y las consignas.

Quienes duden de mis palabras, o las encuentren exageradas, debieran someter su objetividad al examen de Quintín Pérez, autor, para el caso, de un alto libelo: *El pensamiento religioso de Unamuno frente a la Iglesia*, avalado por Su Eminencia el Cardenal Primado de España, Pla y Deniel, que el 18 de septiembre de 1946 le enderezó ésta contenida y muy evangélica carta:

Muy Rvdo. Padre: Me parece muy útil el fin que se propone al publicar un libro en el cual, con el cotejo de textos literales de las obras de Unamuno y de definiciones o condenaciones de la Iglesia, se demuestre la oposición que hay entre ambas doctrinas. No debe caerse en el fetichismo respecto de los hombres intelectuales. En los libros debe, ante todo, apreciarse la verdad o falsedad de las doctrinas y el efecto benéfico o desorientador o corruptor que producen; siendo mucho más accidental la agudeza del ingenio o fuerza del estilo del autor, que puede reconocerse en imparcial crítica, sin abonar por ello gravísimos y muy funestos errores, a cuya propagación se contribuye con elogios genéricos a autores heterodoxos, que en España nunca pueden justamente presentarse como exponentes del tradicional pensamiento español, al menos en su obra de conjunto, aún cuando puede éste reflejarse esporádicamente en alguna parte de sus escritos.

Bendiciendo, por tanto, sus propósitos, quedo de vuestra reverencia, seguro servidor en Cristo.

Y si de tal tenor discurría el Cardenal en el liminar de la obra, así le secundaba Rafael, Obispo de Jaén, encargado del prólogo: «página frente a página van desfilando, en la izquierda las afirmaciones de Unamuno, y en la derecha los textos, declaraciones, cánones y definiciones de la Santa Sede. Frente a frente se encuentran las páginas; más frente a frente todavía se encuentra su contenido. O la Iglesia Católica, fundada por Nuestro Señor Jesucristo y asistida por el Espíritu Santo, se equivoca en redondo en las materias más altas y delicadas de fe y costumbres —lo cual sólo pensarlo equivale a blasfemia y herejía— o Unamuno se despeña frecuentemente, y con mayor o menor inconsciencia, por el abismo de las afirmaciones impías y heréticas». La juventud, señalaba, tenía derecho a «nutrir su espíritu con algo más que nieblas de escepticismo y con gusanos de sepulcro»¹⁷.

A la luz de tamaños precedentes, cómo extrañarse de que el sabio Quintín concluyese proclamando a Unamuno «nuestro escritor más anormal en el sentido etimológico de la palabra», de lectura *perturbadora* y *funesto* influjo, *hostil* al catolicismo, *desvariado* y *hereje*, inadecuado, pues, «por guía y conductor de la nueva generación española, que tuvo su bautizo de sangre en las márgenes sagradas del Ebro y su consagración entre plegarias bajo las bóvedas en ruinas del Alcázar». *Es caso típico de Purgatorio*, sentenciaba, extrañamente ganado por un punto de conmiseración final¹⁸.

La inquina, o si se prefiere, el santo celo y la precaución apostólica, databan de lejos, casi de sus orígenes, porque a falta de otras y mejores abundancias, lo cierto es que a Unamuno jamás le faltaron frailes al acecho ni clérigos cejijuntos, pesquisidores alterados de sus obras y enfervorizados anatematizadores suyos, oralmente y por escrito, desde el púlpito o la sacristía, la cátedra y los periódicos, el folleto y los libros. Campeón de todos ellos, portaestandarte y figura, adalid y cifra de sus desvelos fue el sabio jesuita Pablo Ladrón de Guevara, quien, haciendo del Purgatorio vida, afrontó la lectura de más de dos mil ciento quince novelistas (trescientos trece españoles, cien hispanoamericanos, veinticinco portugueses, sesenta y seis italianos, mil doscientos veinte franceses, ciento cincuenta ingleses, noventa y ocho alemanes, ciento setenta rusos y un inconcreto surtido de belgas y escandinavos y demás regiones de la Tierra entera) guiado por el exclusivo propósito de establecer si eran moralmente buenos o malos o regulares. «Las novelas juzgadas son sinnúmero», se ufanaba el hombre desde la portada de su millón crítico¹⁹, y a Unamuno, en ese revuelto, le agradeció con la siguiente esquelita, genérica y, en cuanto tal, aplicable al común de sus obras, paisajes (en especial los del alma) incluidos:

¹⁷ Quintín Pérez, S.J., El pensamiento religioso de Unamuno frente al de la Iglesia. *Carta preliminar de Enrique Plá y Deniel, Arzobispo de Toledo. Prólogo de Rafael, Obispo de Jaén.* Valladolid, Casa Martín, 1946. Págs. VIII, IX-X y XIII.

¹⁸ Ibidem, «Epílogo». Págs. 254-6. Quintín reconducía hacia el Purgatorio la previsible condena al Infierno al distinguir entre el Unamuno que se expresaba «en voz alta y en sus escritos» del que meditaba «en voz baja consigo», en quien apreciaba «indicios para creer que su pensamiento fue menos radical y más católico», autorizándose, precisamente, con un fragmento de Por tierras de España y Portugal, aducido como ilustración de radicalismos en voz alta o por escrito, en contraste con el testimonio, privado, del sacerdote del convento donde falleció su hermana Susana. Desde la «admiración por su rectitud moral» y «el respeto que nos inspira su vida familiar y privada», el autor creía «doloroso, pero necesario» su libro.

¹⁹ Novelistas buenos y malos. Bilbao, El Mensajero del Corazón de Jesús, 1928. La referencia a Unamuno aparece en la pág. 429.

UNAMUNO, MIGUEL DE. De ahora, vizcaíno. Ex-Rector de la Universidad de Salamanca. Es autor de algunas novelas malas. Se distingue este señor por su racionalismo y anticlericalismo. En el prólogo de 1908 a las poesías de un suicida, entre otras malas ideas viene a defender el suicidio. En su modo de expresarse en verso y en prosa tiene chocantes rarezas, que extrañan más cuando se acuerda uno de que el señor Unamuno fue Rector de la Universidad de Salamanca.

En resumen, que nuestro ya familiar don Quintín continuaba una tradición y se insertaba en ella, renovándola cargada de énfasis y con el agravante de explicarse por largo. Mediaba entre ambos un matiz decisivo: de voluntaria obediencia las admoniciones de Ladrón de Guevara, éstas, por mor de la Victoria, influían en la legalidad y, nada simbólicamente, sentaban doctrina. No llovía sobre mojado: diluviaba y caían chuzos de punta sobre charcas y lozadales, ya empantanada la inquina y rota en olas purificantes.

Pues de esa torva catadura se manifestaba el ambiente que García Blanco y *Revista de Occidente* encaraban con su libro, gesto peliagudo en medio de tamañas circunstancias. Fundamentales los *paisajes* para reconstruir el verdadero retrato del intelectual en cuestión, Unamuno, su auténtica personalidad, quedaba definida, desde el magisterio para el caso indiscutible de la Iglesia, con tres calificativos poco amables: impío, heterodoxo y hereje, creador, en consecuencia, de «nieblas de escepticismo». Sus obras, hablando con caridad, resultaban una «gusanera infecciosa», y la agudeza del ingenio, o la fuerza del estilo, se quedaban en *accidentalidades* de mínima trascendencia. Etcétera, etcétera. Estaba la situación como para andarse con bromas.

En lógica consecuencia, el antólogo, nada importa si por su propia voluntad o inducido (no me corresponde, ni puedo, juzgar conciencias), pasó de puntillas por donde debía o la prudencia indicaba, eludiendo los particulares paisajes unamunianos de su encarnada lucha sin cuartel contra la militarada de Primo de Rivera, ocasión en que brilló con deslumbradora intensidad pública su perfil liberal e insumiso, mientras aplicaba la óptica contraria en el caso de los artículos correspondientes a la época, por definición nefanda, de la II República, desequilibrados libro, paisajes y retrato al ofrecerse una sola cara y, además, una cara sin cruz, o viceversa.

En concreto, que esta recopilación previsiblemente incluiría, e incluyó, textos de la especie de «La invasión de los bárbaros» para dejar de lado, también previsiblemente, «Svástica», «La ciudad de Henoc» o «Soñando el Peñón de Ifac», los dos primeros excluidos en razón del punto de vista que presidió la formación del libro (no eran *estampas*, aunque sí «paisajes del alma»), y el tercero, no obstante su absoluta propiedad, por inconveniente, con lo cual se entregaba a los lectores la imagen de un Unamuno